361 MARES
Y
149 TIERRAS

Novela Corta de Ficción

Federico Villalobos

2024

Dedicado al Ingeniero José Joaquín
Salazar Murillo, amigo.

Las pequeñas gotas en el vidrio del automóvil donde se reflejaban unas nubes bastante oscuras que venía de bien adentro y traían el llanto de la Mar, se convirtieron en un pequeño y fuerte riachuelo de aflicción en la calle pavimentada. Esas nubes cavernosas se parecían a los viejos Icebergs antárticos y su color pálido, dejaba ver todos los tonos de azul y verde de la Mar. Y al mirarlas se confundían con Islas colonizadas por Gaviotas y Palomas.

Un hombre alto que llevaba en su mano derecha una sombrilla parecida a una Hidra, bien parecido por la herencia de su Padre que le gustaba empacar azúcar en tarros viejos, cabello corto por exceso de tijera de ese peluquero que tenía un acuario sin peces, de piel limpia al bañarse todos los días con una Esponja deformada llena de canales que sirvieron de guarida a Camarones y poros por donde corría el alimento y ahora agua jabonosa, y afeitado con el filo de un cuchillo que

dejó botado un principiante Hombre Rana, caminaba a zancadas hacia la Oficina del Correo.

Con vestimenta del Pescador que tiene un pequeño baúl que le recuerda el Tesoro de los Piratas donde la arena hacía las veces de Banco, un hombre que solo logró usar una noche un colchón viejo antes de su ataque de Epilepsia, era uno que suspiraba porque se había mojado los zapatos de caucho y medio pantalón con el aguacero y la brisa pero dejó en la Oficina Postal un paquete que traía cubierto con un trapo. La Lanilla Roja de su automóvil corroído y oxidado por la sal de la Mar. Y al salir, vio a esa mujer que de la mano de un hombre lo miraba buscando algo mejor, mientras su rostro se oscurecía por las luces de la calle que parpadeaban por los tipos que se estaban robando los cables.

Antes había desayunado huevos de cáscara blanca de Gaviota que le vendió un

muchacho estafador llegado del Extranjero, el que no pudo dejar de guardar Ajos en Vinagre en una taza de vidrio y algo de Café bien tostado en un tarro de leche desocupado. Le decía al alimento el pasaje de Drake porque comprimía las aguas de su estómago de la misma forma que lo hacen el Cabo de Hornos y la Tierra de Graham con las aguas del Pacífico y las del Atlántico.

Y las tormentas del Cabo de Hornos le hacían recordar al hombre del trapo a su mujer Ligia. Una que actuaba en el borde como ese animal Isópodo y que dejó con dinero en la ciudad antes de irse. Porque casi todos los días sus palabras filosas le afectaban los ojos como las lluvias al Faro de los Evangelistas en el Estrecho de Magallanes.

Siempre pensaba en esas piernas. No tantas como la del animal Miriápodo que salían del sifón roto del gres del baño, si no en la que tenía un lunar con la

forma de una Ballena Jorobada del Mar de Bering. Ella llevaba la Mar para donde él fuera junto a ese diccionario que relacionaba palabras. Y su canto y sus Perros.

Y también meditaba sobre la Luna en Islandia que pudo ver algunos meses y que dio fin a las épocas de pesca y al Buceo en el Golfo de México de los nativos que siempre se sumergían sin haber almorzado. Un buceo en aguas calmas sobre las que la bruma a veces volvía a traer Chubascos imprevistos y rápidos. Siempre ocurre así con el aliento de la Mar, huele bien como los labios de aquellas mujeres pero es el que empuja los Icebergs en el Océano Austral.

Era un paquete mal envuelto con las hojas rotas que quedaron de un Catálogo de las Algas Marinas. Un Libro donde las letras describían una atmosfera del Océano Austral poblada de aves encima de las verdes aguas donde abunda el alimento de

las Ballenas. Hojas que fueron quemadas en su mayoría a propósito por su mujer del momento por haberla comparado con el Carnero del Cabo, el gran Albatros de potente e infatigable vuelo. O tal vez porque le dijo que su mirada a la billetera de cuero negro que llevaba en el pantalón se le parecía a esas zonas de corrientes frías de la Mar donde el Albatros encuentran sus Pulpos, su comida. Fresca y jugosa.

Y el paquete llegó al Océano Austral manchado de sangre. No tanto como las aguas teñidas de rojo por la Infantería de jóvenes del día D o los Langostinos cocidos y las Levaduras de Pan. Ni tan intenso como el color del marco de las gafas que había recibido de una Viuda y que ahora les faltaba la pata, la que se sostenía en su oreja izquierda. Color que hasta la noctambula Alca en su vuelo nocturno ve en Campbell, despertando a los alborotadores Mergos, las Meaucas Dominicanas, los Estercorarios, al Petrel

Gigante, al Pájaro Diablo y al Petrel de las Tempestades.

Era él el hombre que lo empacó. Él en el inquilinato donde vivía nunca había escuchado cómo un medio ciego que había sido enterrado en el patio de su casa siguiendo las costumbres Isleñas, pudo arreglar sus gafas en vida. Un hombre que siempre estuvo en fiesta. Un gran ejemplo humano. Pero él, el remitente, era muy diferente a las Palomas del Cabo en África del Sur y Madagascar que no contentas colonizaban las Islas de la Mar Austral y los Icebergs.

La Oficina de Correos que recibió el paquete fue una Marina de Pesca. Allí iban la gente de los Torneos. Como muchas en el Caribe construidas en tabla y un abanico blanco en el techo, había albergado a mucha gente que sentía algo por la Mar. En ella todavía había objetos de Barcos, Yates y Botes carcomidos por la sal de la Mar que rodeaba la Isla y un timón de

madera clavado en la pared. En otras paredes algunas redes y aparejos de buenos pescadores ya difuntos y una tabla que tenía una estampa del Santo Andrés, fotografías sin color de unos Barcos que no volvieron a tocar el agua por no poder pagar el combustible y el alquiler y recortes de periódicos locales de historias de viejos Capitanes debajo de un vidrio. Y la fotografía de sus Trofeos colgados de la aleta caudal que los mecía el viento de la misma forma que hace con los ahorcados de la Isla de al lado.

Al entrar por sus puertas y escuchar el piso de tabla que crujía con cada paso como los estómagos desocupados del que no pesca, se olía al agua de la Mar que trajo el Viento Tropical, la que se había quedado pegada a esos objetos y al techo y a las ropas colgadas en el perchero y era distribuida a toda la habitación por un viejo ventilador. El aire frio que metían las tuberías los días de calor lo recordaba. En la noche unas luces de

colores intermitentes que se confundían con un sitio de baile, marcaban la silueta del edificio para evitar que los borrachos de las 6 de la tarde y los contrabandistas en huida navegando deprisa, se llevaran parte de su muelle.

Rasta Guillermo, de habla Creol, era el cartero de Jamaica que permanecía en la Oficina. Y encima de su uniforme llevaba una Camisa de colores con dos bolsillos a nivel de cintura y también un letrero que decía *Kiyès ki papa'w* que nadie entendía y dos navajas en fundas de cuero. Siempre es necesario llevar algunas cuchillas. Sobre todo él que sin preocupaciones lo nombraron experto en las Cartas Peligrosas. Las que volaban dedos al abrirlas.

De hablado brusco y palabras duras, era aficionado al estudio de las Algas con la forma del techo de su casa y de aquellas con grandes cantidades de Yodo. El Yodo es importante para la belleza y para curar

las heridas que dejaban los guantes de Boxeo. Y los arañazos de los Gatos.

Una tía suya comió el alga Fucus para el Coto de su cuello que le impedía usar los collares de Conchas. Tragó hasta las capsulas con Nitrógeno que toteaban como Escopeta. Y aunque Rasta elaboraba Queso de leche de Cabra utilizando solamente Limón y Sal con Yodo, usando su camisa con el letrero *Kijan w ye?* – su abuela que había sido Peluquera y de quien los vecinos temían que les desacreditara más el barrio, le decía que esas palabras eran y serían el azote de sus nalgas –, se cortó al empacarlo y su sangre quedó junto a la Estampilla.

El Sello Postal era una buena fotografía con los bordes ondulados de un Avión bimotor que merecía ser recortada y guardada en una caja de madera. Y ahí el tinte rojo ferroso de Rasta permaneció intacto al lado del Sello Postal y sobre una de las alas del biplano, aunque

algunas gotas del agua de la Mar cayeron sobre él.

<< Eso solo pasa cuando la gente se alimenta bien. Sobre todos esos que se la pasan frente a la "Lengua del Glaciar" La que tiene aspecto calloso y dientes que se pierden en la Mar. ¡El productor de Icebergs pequeños! - pensó Marcelino al revisar el paquete y notar el pigmento y pensar en su sopa de Habas >>.

Eran las sopas de las Lechugas de la Mar con algo más que comía Rasta. Algo que prefieren comer algunos a puerta cerrada. Era la nutritiva Alga de la tierra de Bermuda mezclada con Harina de Plátano y otros granos Leguminosos. Un lugar cruel esa tierra de idiomas prestados y combinados. Pero era ese el Polvo verde que evitaba que mataran varias Vacas o Cerdos y que siempre llegaba pulverizado a la bodega de la Mujer con las piernas hinchadas y el coto en su cuello. Y el dinero le llegaba a la Mujer y se le iba de

la misma forma que las tripas del Pepino de Mar a los Peces.

Una tierra junto a la Mar donde las hojas de las Palmas con una Cometa enredada se tuercen hacia las casas de madera silbando como el loco que baila solo en el andén. Y la del hombre que invitaba a mirar los peces sobre una Tabla después de arrojarles Pan y Avena. O agarrarse bajo el agua de una piedra. Esa tierra de Corales muertos que estropea las rodillas y que para ver salir el agua por un Hueco soplador, vuelven borracho obligado al que va a mirar, bajo los árboles de Ciruela de donde cuelga un Columpio.

Pero en unas lejanas tierras Antárticas de Costas pequeñas y 9 sistemas de marea pequeños y Corrientes violentas y grandes donde la gente tiene temor a morir, en una mañana donde las aguas libres ricas en Cloruros de la Mar barnizaban las lluvias y salan el aire, la lluvia caía sobre las pobladas cejas de Marcelino,

pelos parecidos a las cadenas de Hielo Flotantes.

Cejas que su cuchilla rompe de la misma forma que hacen las Olas de leva con los Hielos marinos. Y al mirarse en su pequeño espejo veía que era un hombre poderoso como el Iceberg desprendido del mismo Inlandsis. Casi un dios y un asesino de barcos.

Un hombre que nació en un Pueblo de gente peluda, aficionados a fabricar anzuelos con cualquier pieza de metal que se caía de los Tarros olvidados de combustible o Huesos de animales que encontraban en el suelo. La Mar siempre traía huesos después de las matanzas de Focas en los Rookeries. Porque esa gente negociante gozaba haciéndolo.

El Pueblo donde vivía Marcelino era un sitio de casas de madera construidas entre las piedras que han roto por mucho tiempo al viento frio como flechas y donde las borracheras en la mesa de la cocina

con ese mantel impermeable no tienen efecto. Y siempre han sido las mismas casas con goteras y rendijas en las ventanas selladas con bolsas del Café de Sumatra. Y a veces aparecen "Frutas Nuevas" que las habitan y se calientan frotando sus cuerpos Latinos mientras se quejan de sus desgracias. Juntos como el Krill, fuertes como el Colbón que une madera y anhelando siempre durante la fornicación intensa, las Quemas de Pólvora de Diciembre y una feria donde vendan Chorizos.

El paquete que le llegó a Marcelino era una Caja con el contenido equivocado. Por error un muchacho enamorado de una mujer que le juró fidelidad mientras usaba medias en los pies para pasar la borrachera y ocultaba a sus padres sus costumbres de profesión antigua. El joven había errado las direcciones de Francia y arribó en el Correo del Paquebote matutino. A una Isla bastante lejana. La

de Marcelino al que se le habían roto sus tarros del almuerzo dentro de su mochila.

- ¿De dónde salió este Barco? – dijo Marcelino que se sentó hace rato en una de las sillas de madera que miran a la Mar y recordó los tres pequeños Barcos de madera con velas negras y velas negras que tenía en su biblioteca. También que aborrecía el lugar donde ahora vivía. Y pensaba que en otro sitio pasaría tiempo sin aborrecerlo hasta que lo mismo que le molestaba volviera a aparecer. Porque al humano solo le cambia el acento.
- ¡El Navío del Correo es un Galeón Español! – dijo el hombre que se encargaba del Puerto aficionado a las Revistas de botes, de aquellos que lo hacían sentir persona, también del etílico y el boxeo sin guantes pero con patadas.

Capturado por la Armada Francesa de cuya construcción se sabe – eso le dijeron a

Marcelino unos borrachos bígamos que estudiaban historia y que tenían por lo menos dos mujeres embarazadas al mismo tiempo y no sabían cantar ni dejar de meterse en la vida de los demás – ¡Fue a finales del siglo XIX!

Sin cañones y con los aprendices Academia Naval a bordo para manipular las Velas, calvos por los estragos de los Piojos y demás animales de las mujeres de los Puertos, algunos llenos de deseos de reafirmar su voluntad carcomida por sus padres y alguna gentuza de sus familias, se encargaban del Barco que ahora traía mercancías a los territorios lejanos. Detrás de esas cajas algunas cadenas que sujetaron Esclavos de otros Mercaderes, sobrevivientes al destino de los Barcos que siempre seguía cuando la Mar enfurecía. Gente que aborrecería el nuevo sitio donde iban a vivir.

Con sus tres cubiertas y un castillo en la popa lleno de pequeñas Arañas, las

maderas de Babor y Estribor que venían de 2000 árboles Americanos de Caoba Habanera, Moral, Alcanfor, Palo de Vaca, Chanul y Laurel que aplastaron a más de un leñador, seguían navegando como en sus primeros días.

Maderas que no fueron carcomidas por los Moluscos Marinos que parecen gusanos. Los que fueron capaces de derrotar a los Piratas más varoniles y sifilíticos y más efectivos que las Mordidas de Manzana de los Tiburones americanos. Pero el Galeón del Correo había sobrevivido también porque su Capitán actual tenía la costumbre de llevarlo a las aguas dulces que recibía de un río en uno de sus puertos. Aguas sin sal que mataban sin compasión a la Broma. Y así las bodegas secas guardaran en su interior las mercancías del Mundo lejano.

– Huele a Tabaco. Un olor todavía está impregnado en las maderas de las bodegas del Galeón – dijo Marcelino

pasando la mano por encima de las viejas maderas.

- Fue capturado el perfume de la Solanácea tal vez por el impermeabilizante de las tablas - dijo Pedro.
- El aroma de las hojas curadas de la Nicotiana. La silueta quedó en la madera. Lo saca el viento por el Ojo de Buey - dijo Marcelino.
- El que abrimos cuando queremos los del Correo utilizar dos Radios viejos de comunicaciones - dijo Pedro - Son VHF.
- ¿Los Radios que acomodan sobre las etiquetas del Tabaco Adcock, del Baden y del Baltimore Cuba? - dijo Marcelino golpeándose la mejilla izquierda para calmar el dolor de una muela partida. De las que el dolor va y viene.
- Sí. Nos toca así. Los cables de los Aparatos de comunicación quedan al lado de la caja roída. Ahí en la base. Son las Ratas. Es la caja que tiene

dentro las etiquetas viejas del olvidado Tabaco.

Cuando Marcelino subía al Galeón con su amigo el Cartero sin antes haber dejado en su casa unos Granos en remojo y haber matado algunas Cucarachas con el zapato, le gustaba anotar en un cuadernito que tenía unas hojas más grandes, los nombres de los Tabacos que estaban en las viejas etiquetas que quedaron en el Barco, esperando que esto algún día, cuando fuera escritor y viviera en otras tierras a las que nunca iba a aborrecer, lo hiciera una persona más inteligente y valiosa en las charlas de mujeres extranjeras. Había alcanzado a escribir con lápiz – para que el agua de la Mar no lo borrara – los nombres de algunos tabacos Norteamericanos.

– ¿Los tiene? – dijo Pedro.

– Sí. El Bay de Maryland, Beat-All de Tennessee, Belknap de Connecticut, Bullface de Virginia, Bullock de North

Carolina, Clardy de Kentucky, Duck Island de New York, Glessner de Pennsylvania, Pryor de Missouri, Zimmer´s Spanish de Miami y el Kite-Foot de Indiana - dijo Marcelino.

- ¿Fuma? - dijo Pedro buscando un paquete de Tabaco Colombiano en el bolsillo de su pantalón.

- Si. Un poco de Nicotina para el intestino - dijo Marcelino seleccionando unas cajas de cartón para guardar el tabaco - También lo masco.

- No vaya a escupir acá - dijo Pedro encendiendo la radio y sintonizando la comunicación con el otro puerto.

- El sabor y lo aromático del tabaco Cubano lo dan los fermentos de unos microbios - dijo Marcelino - Me dijo un Africano con un pie sobre un tonel de madera, la camisa rota, botas hasta la rodilla, un Bombín en la mano derecha, un Tabaco encendido de 30cm y

una sonrisa que mostraba el último diente que le quedaba.

– Siempre tarda el Nuevo en sintonizar algo entre los 156 y 174 MHz – dijo Pedro.

El tabaco y los comentarios de Marcelino siempre lo distraía. Y las anotaciones de Marcelino.

– Pero dejará de ser el Nuevo si llega a 86 millas náuticas en sus comunicaciones.

Hasta el marinero que estuviera cerca de la antena más alta de VHF que había instalado el Veterano en uno de los cuatro mástiles del Galeón, podía oler cada variedad de plantas del Tabaco Americano que comerció el Barco atravesando la Mar.

– ¿Por qué el Galeón se llama "600 Muertos"? – dijo Marcelino colocando sus anteojos en un forro que llevaba atado al cinturón.

– Ya faltan pocos tripulantes para que su nombre sea real – dijo Pedro – 580 cuerpos vestidos con traje de baño y empacados en sudarios, han sido arrojados a la Mar desde el Galeón.

– Pero sin el hormigón que les gustaba a las Mafias de las películas – dijo Marcelino – ¿Y fue con música?

– No. Pero si hay que punzarles los pulmones para que no floten.

La caja que trajo ese Barco para Marcelino, la envolvía una cinta del color de los Rollos de Película del Cine, con las evidencias de un largo viaje que tapaba el rastro del antiguo remitente.

- Es similar al fenómeno de Agua Muerta de las Costas de Noruega que le fascina Marcelino – dijo Axel el vendedor de Carbón.

- Mirar en ella el pasado de su vida – dijo Marcelino acomodándose el gorro que también le tapaba las orejas.

- Revelaciones que no se encuentran en los libros por más que se busque – dijo Axel.

Marcelino siempre corregía las equivocaciones. De la misma forma y rapidez en que en el Océano Austral se alejaba del color azul de sus aguas. Solo en la Patagonia cuando fue a visitar las minas de oro de un pariente no le funcionó. El color verde parecido al de las Manzanas dulces y el azul oscuro de los ojos mentirosos de todo primer Colono se alternaban en un baile de aguas frías y cálidas en la Península.

Marcelino que ahora estaba interesado en las Truchas de las aguas frías montañosas Americanas que había visto en una revista que dejó un Turista que llegó a estudiar las Diatomeas del Océano Austral donde las aguas están más calientes que el aire, ya no quería ver las Praderas Marinas que se forman muy juntas en las Islas Australes y que

durante muchos años tocó con su mano a flor de agua. Así sabía que siendo soltero no estaba solo y como nunca les habló a esos Pastos le mostraban con entera transparencia su naturaleza marina.

Él de vestimenta negra, era el nuevo remitente molesto por sus orígenes montañosos, parecido a un Ciclón en formación que arrastra Algas flotantes en el Océano Indico hacia las Islas Marion y Crozet. Y por la práctica de levantar piedras en las mañanas en su casita en las Islas Kerguelen. Allí donde pensaba, junto a su compañera Francesa que ahuyentaba con Cohetes de Pólvora Luminosa a los barcos Balleneros y Foqueros. Aunque cambió con los años era una mujer feliz sin pestañas sobre las pestañas ni uñas sobre las uñas.

Son los mares brumosos del hemisferio septentrional. Un lugar olvidado el Paralelo de 40º apropiado por los bravos vientos del Occidente.

Marcelino que usaba unos anteojos a los que les faltaba una lavada con jabón y el reloj en su muñeca que le indicaba las fases lunares y las horas de pesca siempre mirando hacia él, reparó con mucho cuidado la caja que dañó la navaja al desempacar. Era la única caja especial en la Isla. Y la cubrió con una cinta transparente porque no podía utilizar sus Cabos.

Ya los Cabos Marineros que aprendió a hacerlos en un libro que encontró en una vieja embarcación Australiana no los aceptaba el Correo Francés y eso hacía que su sangre se encrespara con la violencia de las olas del Océano Austral, a veces más largas que ningún otro mar. Por eso esperaba con ansias la recogida oportuna por el Cartero de la otra semana que siempre llegaba con afán porque los pocos pasajeros llegaban al puerto con anticipación.

La anticipación era importante para Marcelino cuando atravesó en un barco en su medianía de edad el Cabo de Buena Esperanza, el Cabo del sur de Tasmania y el Cabo de Hornos. Lugares impensables para los que estudiaron con él las Ciencias de la Tierra y nunca tuvieron un Caballo de Palo. Gente que no concebía el mundo de la Marina Mercante sin estar con una pareja y sin los Espolones mentales de sus maestros.

Con la Embarcación de Vela en su corazón, cuando llegó la caja Marcelino anhelaba que dentro hubiese una Caña de madera y algunos anzuelos. Elementos especiales para coger con las afiladas curvas las Truchas Americanas, en el horario que indicaba ese reloj digital Japonés que también le llegó por correo y que registraba los cambios de la Luna. Quería aplicar su nudo Pitzen del que le dijeron en la revista era muy resistente. También su nudo Peny para atar sus Moscas.

No hubo anzuelos. Ni caña. Pero en vez llegó en el empaque una potente Lampara que ahuyentaba a los Peces a la velocidad en que se iba la sombra que aparece antes de la lluvia y la niebla más densa en las Playas Australes.

Marcelino pensó en su retorno a la Mar Caribe Americana que conoció de niño y en utilizar el contenido del envío que no llegó en un Aparejo de varios anzuelos con un empate deslizante. O un Bucle Colgante Retorcido que era un nudo que le evitó en sus viajes de pesca que los anzuelos se le enredaran a la línea principal.

Sobre los restos de pegamento en la Caja, las nuevas direcciones escritas por Marcelino con una caligrafía legible de Pescador y con un lapicero al que se le endurecía la tinta, cambiaban el destino del error. Una nota de él en el interior de la Caja maldecía a los antiguos remitentes por no poder atar sus Moscas

con los Nudos recién aprendidos en la revista. Como el Bucle Duncan, el Lefty, el Turle mejorado o el Nudo del Barril. Ni tampoco el error le había permitido iniciar sus prácticas de la pesca con Larva de Libélula o la Lombriz de Tierra. O mostrar que sabia diferenciar los aparejos para Río y Lago a su compañera Francesa mientras recogía la carne de las Focas muertas. La mujer de piernas fuertes por montar la bicicleta de hierro.

Fue una Carta muy similar a las plegarias que realizaba su Madre en el Internado porque ella, no sabía jugar Baseball y esperaba que no le cayera la pelota. Así no especificaban las instrucciones de reclamo si uno no estaba de acuerdo con el ojeado contenido de la Caja.

Siempre ha sido el Agua Marina Austral para Marcelino. Gozaba viendo las Chispas fugases en la Mar en las Islas Crozet. Y recordaba mientras hacía gárgaras con el agua de una planta para evitar las caries

dentales, el Nudo Nail y Tooth que había visto en el bote de su padre Alexander.

Alexander fue el que después de la guerra, siendo un Pescador Americano de los que llevaba siempre un cesto al hombro con algunas cortezas de árboles sobre un trapo rojo en Port Phillip Bay, lo había llamado Marcelino. Vio en el niño la estampa suya, la que tuvo en las trincheras en su sueño inconcluso sobre el Agua Dulce. Sobre las Truchas. Una curiosidad de un vidente atormentado con las flechas que ya había conocido los 1330 millones de kilómetros cúbicos de la Mar.

Desde que tuvo razón Marcelino conoció la Mar y sus manos sujetaron 2 de los 8 pedazos de madera de Roble que hacían parte del timón. Una estructura de madera con fina talla anclada al piso con 4 resistentes piezas de madera cubiertas de Musgos, Cáñamo y Brea. La misma mezcla que usaron para Calafatear en barco. Y junto al timón, un pequeño Barco negro con

la bandera del Pirata. Un hombre que murió sin antes de infectar de Sífilis a las más bellas mujeres.

- ¿Un Tabaco Marcelino? – dijo Paul, el Cartero.
- ¿De Sumatra? – dijo Marcelino.
- Si. El que hace mucho llamaban Petum o Yoli.
- ¿Será Herba Regina?
- Si. El que se fuma tranquilamente mientras la mujer reabastece con más hojas secas.
- Paul, siento que este Tabaco creció en suelos colorados llenos de Silíceo. Luego el ambiente lo curó y dio ese color dorado a las hojas. Parece Americano. De Kentucky.
- ¡Esta planta conquistó la tierra hace mucho!
- En forma de Cigarrillo – dijo Marcelino protegiendo con una media vieja y rota el paquete.
- La próxima vez le traigo de los Cigarrillos más largos.

- Deben ser de hojas de gran calidad.
- La venta de Tabaco es la que ha mantenido mi familia.
- Ahí donde usted está parado había un letrero que advertía los daños del Tabaco al cuerpo, la moral y la poca inteligencia - dijo Marcelino aspirando suavemente una corta cantidad de humo y mirando que el trapo rojo que compró su mujer le había manchado la camisa.
- ¿Y qué se hizo?
- Alguien que quería agregar felicidad domestica a su vida con el Tabaco se lo llevó.
- Yo creo que era un tipo que logró eliminar con el Tabaco el germen del Colera Asiático.

Los largos trenes de Algas seguían su diario movimiento con las olas. Acumuladas en las bahías de las Islas Marion y Crozet, le mostraban a Marcelino la maraña que enredaba su bote. Había intentado cortar esas masas

pardas y rojizas flotantes en Kerguelen, a 60 metros. No pudo. Solo podía el Glaciar cortar a esas viajeras de la Tierra de Magallanes. A veces también llegaban de Nueva Zelanda. Entonces veía las Ballenas Azules y las Barbadas. Antes de su muerte natural en esos sitios de hielos sin cartas de navegación. Eso lo hacía feliz. También le deseaba la muerte a los Asesinos. A sus cascos.

- ¡Este Mar es una interrogante para usted, Marcelino! – dijo Fritz que nació allí y siempre estuvo ahí y nunca quiso ir a otro lado.
- Aquí las aguas frías llenas de Nitratos y Amoniaco prolongan la vida – dijo Marcelino – Y como no tengo Caparazón calcáreo es posible que viva más.
- ¡Este sitio es la fuente de la juventud! – dijo Fritz mostrando una gran sonrisa y dejando ver sus calzas plateadas.

- Por eso la vida aquí es como un Hormiguero – dijo Marcelino sacando un gran Salmón de una nevera – Es como este Bacalao que no se congela. Así como nuestra vida sin los problemas de las ciudades lejanas es como las aguas de la Mar de Weddell.
- Si. Aquí hay de todo en abundancia desde que en esa Mar se separaron los Continentes. Y la experiencia con la vida nos hace hablar como viejos – dijo Fritz – El trabajo que tuve con ese Calamar Pico de Loro de 6 metros. El mismísimo Kraken. Y solo me comí un poco.
- La soledad de estas aguas es la que nos deja vivir – dijo Marcelino untándose un poco de aceite en la piel.
- Será el aislamiento – dijo Friz – No tener a gente de otros lados cerca. Así ha sido nuestra historia y nuestra vida. Vivir en otro lado es para terminar persiguiendo un amor mental.

- Fritz, usted y yo somos como el Zorro que se veía en las Islas Falkland - dijo Marcelino suspirando - Vamos a desaparecer. Ya no somos como esas Cascadas de Piedra del Glaciar.
- ¡En esas Islas solo hay pantanos, musgos y líquenes - dijo Fritz - Mi papá me llevaba allá de muchacho a traer el Junco Rojizo. Ahora yo voy a comprar carne de Carnero y algo de lana.
- Ya llegó Enero y los 8 grados que trae el Verano - dijo Marcelino - Fritz, debemos ir a buscar las Coles de Kerguelen.
- Ya no tengo Escorbuto - dijo Fritz - y seguramente los Conejos no habrán dejado ninguna. Hasta nos podemos caer de esas rocas con las ratas.
- Pero es la única forma en que estas Islas nos hacen sobrellevar su hostilidad - dijo Marcelino. Y los errores del Correo.

- Es un salvajismo insular que no duerme Marcelino, como el Volcán de la Isla Tristán da Cunha – dijo Fritz – pero ese sitio, Marcelino, ese sitio, es donde yo voy a ver ese magnifico árbol de 6 metros con sus bellas flores rosadas y sus tintes rojizos.
- En la Isla de Amsterdam había muchos pero esos Marineros de Paso los destruyeron – dijo Marcelino – Así es siempre la gente de paso. Ahora los llaman turistas. También destruyen familias. Las moldean y las esculpen como hacen los vientos y corrientes a las Islas Australes. Y entre padres e hijos que se amaron se forman abruptos acantilados.
- Uno siempre quiere que la vida nos lleve por suaves pendientes y a playas de arena gruesa – dijo Fritz.
- La vida está llena de fantasmas – dijo Marcelino – Llena de Islas Fantasmas que nos engañan como los Icebergs Antárticos.

- ¡Por eso hay que alumbrar bien con la linterna a la gente que uno conoce! - dijo Fritz - Esas Islas de Hielo con variada luz pueden parecer rocas aisladas. ¡Pero son hielos que se van y se derriten Marcelino! Engaños de la apreciación humana que solo se percibe con reflejos.
- En mi casa tengo una pared llena de Timones de botes grandes y pequeños - dijo Marcelino - De madera. Cada uno llevó a alguien a algún lado. Como los Icebergs y los Iceblocs.
- Si se va de estas tierras la gente lo debe ver a usted como un Iceberg de 100 metros sobre el agua - dijo Fritz - Y su voluntad debe ser como los 250 metros de ese Iceberg bajo el agua.
- Mi fortaleza se ha formado como las aguas profundas Australes y las de esa gente será intermedia como las aguas formadas en el Talud continental - dijo Marcelino - Lo sé.

- Las aguas tropicales con las que usted sueña son un Eco debilitado – dijo Fritz – Usted puede pedir cientos de paquetes para soñar toda la vida pero la vida Marcelino la tiene usted es donde está y no donde no está. Y si viaja al paraíso le pueden pasar cosas malas. Viaja solo a buscar la muerte. Hasta lo pueden atropellar.
- Allá en el trópico solo me ocuparía de no comer Banano después de tomar el Etílico – dijo Marcelino – Sería una muerte segura.
- No creo que asista a su funeral – dijo Fritz – Le enviaría un Sufragio, animado con matachitos cantando. Y es que ir a dar pésame a su familia y a sus hermanas que me mirarían de reojo. Y yo tendría que darme yo mismo el pésame. Y cargar el cajón con lágrimas cayendo sobre la madera de pino…difícil. Y tomar tinto amargo brindando por la memoria del que no está y por la salud de los que quedan.

Y escuchar el murmullo..."quién le dijo a ese ... ". Hasta abría que escuchar las plañideras contratadas. Y alabar la belleza del Ataúd con biseles dorados, forro interno de terciopelo y el muñeco maquillado.

- Pero la versión de mi muerte ahora que tengo conciencia de ella, sería una sola – dijo Marcelino – Muerto por un Tiburón Blanco.
- Aquí en estas regiones la gente se comporta como las aguas profundas – dijo Fritz – La vida les va dando una topografía particular. Experiencias diseminadas en sus pocos años. Una "depresión Argentina".
- Si. La gente se comporta en forma muy desigual – dijo Marcelino pelando un huevo cocido – No son locos. Son como los fondos marinos de Tasmania y Nueva Zelanda. Por eso muchos quieren irse. Y siempre llegan los que no saben cómo es acá. ¡Un fango silíceo de Diatomeas!

- Nunca quise que mi vida fuera como el Micro plantón de la zona Abisal – dijo Fritz – Que dependiera de un termómetro así para saber si mi existencia es favorable o no. Pero aquí me alimento bien y mi cuerpo es como un Roble que aguanta el golpe de los hielos.
- También quiero huir de la muerte de los Pingüinos – dijo Marcelino – Fueron 300 mil la última vez. ¡Esos Noruegos &%$$%#!
- Pues adelante amigo – dijo Fritz – Ve y conoce los 360 Mares y las 148 Tierras. Pero no vaya a comer Banano después de tomar Ron. Solo se puede con Cerveza.
- A veces pienso que mi sueño reúne los dos sitios – dijo Marcelino abriendo bien los ojos y dejando que la luz entrara en ellos – Quisiera que este sitio, sus cosas que me causan satisfacción, estuvieran allá, en el trópico, a unos pasos de la Mar.

- Hay que arrancar raíces de cada sitio donde vamos – dijo Fritz pensando en una maleta vieja que se iba rompiendo poco a poco en cada viaje. En su significado.
- No quiero huir de acá enfermo – dijo Marcelino acomodando unas revistas de Cursos de Fotografía en el hondo bolsillo de su impermeable – Ni seguir pagando esas cuentas que tengo atrapadas con la pinza de médico.
- La gente siempre juzga a los otros por cosas del presente – dijo Fritz haciendo una mueca con sus labios – Se les olvida la historia. Su mujer no lo calificará por encima de irresponsable. Y lo odiará por irse a valorar sus últimos tiempos y esa envidia que siempre le tuvo saldrá y tratará de alcanzarle los zapatos.
- Pero mi vida ya no será ese enredo de cables viejos – dijo Marcelino – Empolvados e inútiles para lo nuevo. Y sé que si me voy los ladrones tomarán

mis cosas y algún tiempo viviré preocupado por ellas y les tendré nostalgia.

- Hagamos mejor una sopa – dijo Fritz sacando una olla y un poco de harina de Maíz – El frío no puede contra esta sopa que calienta los huesos y aclara la mente.
- Eso solo me hará pensar en esa muela que me duele con el frio. También con el calor – dijo Marcelino sobándose la quijada – ¡Nunca he logrado encontrar el calor medio!
- Solo vivamos Marcelino – dijo Fritz frotándose el pecho – Que el tiempo no pase y nosotros pensando en otro lado.

Las aguas de la Mar continuaban moviéndose. Los Glaciares cambiaban y la vida aceptaba su muerte y su regreso. Rápido o lento. También Marcelino seguía recibiendo paquetes de allá acá y Fritz sonreía y lo convidaba a vivir novelas cortas de 10 años. Sin final.